

1. Leer – Lea los versos despacio y con devoción, varias veces. Escriba cualquier palabra o frase que haya resonado más en su mente y corazón:

2. Meditar – Ahora, comience a reflexionar sobre los versos leídos y pregúntele a Dios qué quiere decirle a través del pasaje bíblico. **¿Señor, que me estás diciendo con esto?**

3. Reza – Responde desde tu corazón a lo que Dios te ha estado hablando. **¿Qué es lo que quieres decirme?** Escribe tu oración al Señor o anota lo que sientas te ha hablado.

4. Contempla – Quédate en silencio y disfruta de Su Paz y Su Presencia. **¿Cómo esta Dios llamándote a actuar en respuesta a lo que te ha mostrado y enseñado?**

- [1] www.usccb.org/liturgy/penance.shtml
- [2] *Rito de Penitencia*, no. 45
- [3] El orden de la Misa; Rito Penitencial
- [4] Sunday Compline; Divine Office; page 55
- [5] Mateo 5:48
- [6] Mateo 5:48
- [7] Catecismo de la Iglesia Católica 1847
- [8] CCC 1863
- [9] *Lumen Gentium* 53, 56

**SIGN UP free for
Link to Liturgy**



¡Conexión Directa!

¿Qué dice el Evangelio según Mateo 3:1-12 - pg. 1

¿Qué dice la Iglesia del pasado y el presente? - pg. 2-3

¿Qué te dice Dios a través de este pasaje? - pg. 4

Lectura del Evangelio – Mateo 3:1-12 – Misal Romano

Por aquel tiempo se presentó Juan Bautista y empezó a predicar en el desierto de Judea; éste era su mensaje: “Renuncien a su mal camino, porque el Reino de los Cielos está cerca.” Es a Juan a quien se refería el profeta Isaías cuando decía: Una voz grita en el desierto: Preparen un camino al Señor; hagan sus senderos rectos. Además de la piel que llevaba colgada de la cintura, Juan no tenía más que un manto hecho de pelo de camello. Su comida eran langostas y miel silvestre. Venían a verlo de Jerusalén, de toda la Judea y de la región del Jordán. Y junto con confesar sus pecados, se hacían bautizar por Juan en el río Jordán. Juan vio que un grupo de fariseos y de saduceos habían venido donde él bautizaba, y les dijo: “Raza de víboras, ¿cómo van a pensar que escapan del castigo que se les viene encima? Muestran los frutos de una sincera conversión, pues de nada les sirve decir: ‘Abrahán es nuestro padre’. Yo les aseguro que Dios es capaz de sacar hijos de Abrahán aún de estas piedras. El hacha ya está puesta a la raíz de los árboles, y todo árbol que no da buen fruto, será cortado y arrojado al fuego. Yo los bautizo en el agua, y es el camino a la conversión. Pero después de mí viene uno con mucho más poder que yo, - yo ni siquiera merezco llevarle las sandalias - él los bautizará en el Espíritu Santo y el fuego. Ya tiene la pala en sus manos para separar el trigo de la paja. Guardará el trigo en sus bodegas, mientras que la paja la quemará en el fuego que no se apaga.”

Lectura Espiritual – De San José María Escrivá

Somos testigos y precursores. Hemos de dar testimonio, y, al mismo tiempo, señalar a otros el camino. Grande es nuestra responsabilidad: porque ser testigo de Cristo supone, antes que nada, procurar comportarnos según su doctrina, luchar para que nuestra conducta recuerde a Jesús, evoque su figura amabilísima. Hemos de conducirnos de tal manera, que los demás puedan decir, al vernos: este es cristiano, porque no odia, porque sabe comprender, porque no es fanático, porque está por encima de los instintos, porque es sacrificado, porque manifiesta sentimientos de paz, porque ama.

Vayan y no pequen más – Lección y Discusión

“¡Arrepiéntanse, porque el reino de los cielos está cerca!”

Cuando éramos más jóvenes y nos metíamos en problemas, a veces nuestros padres nos ponían en "tiempo de espera" (time out). Un "tiempo de espera" nos ayudaba a pensar en las elecciones que habíamos hecho. Después de que algún tiempo había pasado, nuestros padres hablaban con nosotros y se aseguraban de que entendiéramos por

qué nos castigaban y cómo evitar hacer las mismas malas decisiones en el futuro.

¿Nuestra alma necesita un “tiempo de espera”? ¿Nos damos un “tiempo de espera” para pensar en cómo hemos ofendido a Dios y cómo podemos dejar de hacerlo? Una forma de darle a nuestra alma un “tiempo de espera” es haciendo un buen examen de conciencia y después rezar un Acto de Contrición todas las noches. Si practicamos esto diligentemente, estaremos listos para el Sacramento de Reconciliación.

¿Porque necesitamos el Sacramento de Reconciliación? A causa de la debilidad humana. . . Los Cristianos ‘se apartan de (su) amor del principio’ (ver Ap. 02:04) e incluso rompen su amistad con Dios por el pecado. El Señor, por lo tanto, instituyó un sacramento especial de la reconciliación para el perdón de los pecados cometidos después del bautismo. La Iglesia ha celebrado fielmente el sacramento a través de los siglos en diferentes formas, pero conservando sus elementos esenciales.”[1] Cuando vamos a la confesión reconocemos que hemos ofendido a Dios por nuestros pensamientos, acciones y omisiones. También reflexionamos sobre la forma en que hemos lastimado tanto a nuestro prójimo como a nosotros mismos. Cerca del final de la confesión se dice el acto de contrición. Hacemos una promesa a Dios: "Propongo firmemente, con tu ayuda, hacer penitencia, no volver a pecar y evitar aquello que me lleva a pecar.” [2] Nos estamos arrepintiendo del pecado y estamos pidiendo a Dios que nos ayude a no pecar más. Sabemos que no podemos arrepentirnos del pecado por nosotros mismos, debemos de pedir ayuda continuamente para evitar el pecado. Durante el 'Yo Pecador' en cada misa, pedimos la ayuda de Dios y pedimos a "Santa María, siempre Virgen, a los ángeles, a los santos, y a ustedes hermanos que intercedan por nosotros.” [3] Una forma antigua del 'Yo Pecador', que se reza cada noche después del examen de conciencia en el Officium Divinum, pide a los santos y los ángeles por su nombre para orar por nosotros. "Yo ruego a santa María, siempre Virgen, San Miguel Arcángel, San Juan Bautista, los santos Apóstoles Pedro y Pablo y todos los Santos para que intercedan por mí ante Dios, nuestro Señor.”[4] San Juan Bautista se coloca en tercer lugar en la lista, justo después de María y Miguel y antes de los grandes santos de la Iglesia, Pedro y Pablo. San Juan Bautista es el santo del arrepentimiento y una poderosa ayuda para evitar el pecado.

¿Qué queremos decir cuando prometemos "no pecar más"? “¡Nadie es perfecto!”[5] Significa exactamente lo que dice, ¡no pecar más! Entendemos que dejado a nuestro propio poder, nunca seremos capaces de lograr una vida sin pecado. Por eso prologamos nuestra promesa al decir: "con tu ayuda (de Dios)." Sólo con la ayuda de Dios podemos absentarnos plenamente de pecar. Dios es perfecto y Él nos permite participar en su perfección a través del don de su gracia. Él hizo a María perfecta en su concepción y sólo Él ofrece su gracia que nos hace perfectos. Aunque no somos perfectos, debemos estar en el camino de la perfección. El Beato Juan Pablo II dijo que el camino de la perfección consiste en "el sí" y "la gracia de Dios". Sabemos que estamos llamados a recorrer este camino de la perfección porque Jesús dice: "Sean perfectos como su Padre celestial es perfecto.”[6] Él nos llama a ser perfectos en misericordia y a tener el amor perfecto. ¿Estamos nosotros trabajando

hacia la perfección o lejos de ella? Cuando alguien está aprendiendo música practica largas horas con el fin de ejecutar perfectamente y conseguir cada nota correcta. Debemos esforzarnos por vivir perfectamente al optar por cooperar con la gracia de Dios en cada momento de nuestras vidas. Para recibir su misericordia, debemos admitir nuestras faltas. "Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos, y la verdad no está en nosotros. Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad.”[7]

¿Es realmente posible “no pecar más”? Es posible para nosotros evitar mayores, pecados mortales en, y mediante la sola ayuda de Dios. . Sin embargo, no es posible para el hombre en la tierra evitar todo pecado. "Mientras que está en la carne, el hombre no puede dejar de tener por lo menos algunos pecados ligeros. Pero no descartes estos pecados, que llamamos "ligeros": si los tomas como ligeros cuando los pesas, tiembla cuando los cuentas. Un número de objetos ligeros hace una gran masa; un número de gotas llena un río; un número de granos hace un montón. ¿Cuál es entonces nuestra esperanza? Por encima de todo, la confesión.”[8] La Santísima Virgen María es la excepción, como a través de la Gracia de Dios evitó todo pecado. Este es un privilegio exclusivo que se da sólo a María. "Debido a este don de gracia sublime, antecede con mucho a todas las demás criaturas, tanto en el cielo como en la tierra.”[9] Pedimos la intercesión de la Santísima Virgen María para cooperar con la Gracia de Dios, para evitar el pecado, y perseguir lo bueno.

HISTORIA – Santa María de Egipto Santa María de Egipto es un buen ejemplo de conversión de una vida de gran pecado a una vida de "pequeño" pecado. La vida de Santa María de Egipto es un testimonio de la gracia de Dios conquistando el pecado. María, desde la edad de 12 a 29 años, vivió una vida de prostitución pública. A la edad de 29 años, María se fue en peregrinación a Jerusalén, no por razones santas, sino más bien con la esperanza de conocer a algunos clientes en el barco y los puertos. Resultó que estaban en Jerusalén en la fiesta de la Exaltación de la Cruz por lo que su grupo visitó la Iglesia del Santo Sepulcro, donde se venera una reliquia de la Cruz Verdadera. María trató de entrar en la iglesia cuatro veces, pero fue impedida por una fuerza invisible. María, molesta por no poder entrar, fue a una imagen de la Virgen fuera de la Iglesia donde ella lloró amargamente y se golpeó el pecho en arrepentimiento de su larga vida de pecado. Ella se comprometió a "no pecar más", y a escuchar la dirección de Nuestra Señora de la manera en que debía vivir el resto de su vida. Después de arrepentirse, entró a la Iglesia y besó la reliquia de la Cruz Verdadera. Regresó a la estatua de María y mientras oraba, escuchó una voz a lo lejos que le dijo que cruzara el Jordán donde encontraría la paz. María llegó al Jordán y allí recibió a Nuestro Señor en el Santísimo Sacramento en una Iglesia dedicada a San Juan Bautista. Luego viajó al desierto y, durante 47 años, vivió una vida de soledad y de penitencia, similar a la de San Juan Bautista. Es solamente en la santa providencia de Dios que esta gran pecadora, se volvió Santa, imitó al gran Santo de la conversión y la penitencia, San Juan Bautista, no sólo viviendo como él, sino recibiendo el Santísimo Sacramento en una Iglesia nombrada en su honor.